

horas de trabajo, ya principiada por más que se diga lo contrario, y eso desde tiempo atrás, ha de ir acentuándose; si después de haber sido rebajada de 12 á 11 horas ó á 10, como en Inglaterra, á 9 como en ciertas partes de América, la jornada hábil hubiera de disminuir todavía y bajar de las ocho horas preconizadas en otros tiempos por el menos revolucionario de los hombres,—aquel honrado y suave Elihu Burritt, no sería por la fuerza brutal ni por la ley, ni por decreto soberano, ni bajo la presión de amenazas de la multitud que se conseguiría esto; tampoco por una medida súbita y uniforme, sino gradualmente por medio de disposiciones variables, según las épocas, lugares é industrias, por el libre juego de los intereses y de las voluntades, por decirlo todo.

Por mi parte soy uno de los más acérrimos partidarios de la reducción en las horas de trabajo: En principio hasta soy uno de los adeptos de la fórmula de *tres por ocho*. Lo he adoptado como ideal, hace por lo menos cincuenta años, el día en que por primera vez oí hablar de ese excelente Burritt, de ese sabio herrero amigo del trabajo, de la ciencia y de la paz, quien, consagrando ocho horas á su oficio, ocho á su instrucción, ocho á la reparación de sus fuerzas, había llegado á ser uno de los modelos más cumplidos de la especie humana, uno de los apóstoles más admirables del progreso y al que he oído decir en su vejez que en ese espacio de ocho horas él había trabajado con sus brazos tan duro como quizás ningún hombre en ambos hemisferios.

He enseñado en todas ocasiones, en la cátedra del profesor lo mismo que en la tribuna del parlamento, en el congreso y en las conferencias; con la pluma y con la palabra, que el interés bien entendido no menos que los deberes de humanidad, mandan evitar el exceso del trabajo, y que á una jornada menos larga pero mejor empleada corresponde lo más frecuentemente, al mismo tiempo que á una jornada menos larga pero mejor empleado corresponde lo más frecuentemente, al mismo tiempo que una disminución de los gastos, no una reducción sino un aumento de producción.

Yo he hecho más: en algunas circunstancias he tenido la suerte de ver adoptar por industriales inteligentes esta benéfica doctrina. Y entre los testimonios que con más orgullo conservo puedo ostentar los de obreros cuya jornada de trabajo he conseguido hacer disminuir.

Y ahora diré por qué rechazo la reglamentación legal, y lo proclamo bien alto: cuando en el Parlamento francés del que yo entonces formaba parte, se habló de limitar legislativamente el trabajo de adultos; cuando se pretendió prohibir á las mujeres, las mujeres mayores de edad y dueñas de su persona, se entiendo, todo trabajo nocturno ó todo trabajo excediendo de una medida determinada, yo he sido de los que se pronunciaron más fuertemente contra estas restricciones, y ante los rescriptos y discursos del emperador Guillermo, así como frente á las reivindicaciones del partido obrero, yo permanecí fiel á esta resistencia.

Uno de los más distinguidos entre mis colegas, el señor Ad. Coste, escribía en un reciente número de *El Globo*: "ni las amenazas del revolucionario Julio Guesde, ni las seductoras insinancias del sentimental Julio Simón pueden prevalecer contra la naturaleza de las cosas." Deceba bien, y yo soy á despecho de los excepcionales y de los utopistas, de aquellos que todo quieren y nada quieren, convencido como estoy que mucho queda por hacer, y resuel-

to á esperar mucho,—pero resuelto al mismo tiempo á no pedir nada, á no ser á la libertad, y convencido que es por ella sola que pueden obtenerse, sin perturbaciones ni desórdenes, las mejoras serias, prácticas y duraderas.

Es que en efecto, entre lo deseable y lo posible hay si no un abismo siempre, al menos un intervalo que no se salva para todos del mismo modo ni en el mismo tiempo. Es que nada es más falso en derecho y más engañador de hecho que el aplicar á situaciones diferentes la misma regla y la misma ley. Y tan luego á esos hombres no se les trata como á rebaño y, suponiendo que se hubiera encontrado para ellos, el mejor régimen y el mejor establo, algo hay por encima de las satisfacciones de la bestia harta, y ese algo es el derecho de disponer de sí mismo y de labrar su suerte buena ó mala, con ó sin riesgos.

Oh! se lo que puede decir y lo que dicen hombres de gran mérito en favor de la limitación legal de las horas de trabajo. "En un taller numeroso, escribe un eminente profesor de Lausanne (el señor Secrétan) es necesaria una regla y si la regla adoptada supera el tiempo que convenga á la minoría, la minoría será sacrificada." Muy bien, pero ¡si por no sacrificar á esa minoría imponéis á todos la obligación de sujetarse al tiempo que le convenga, es á la mayoría á quien oprimís!

¿Por qué á unos con detrimento de otros?—los más meritorios tal vez y más dignos de ser respetados.

Lo que vengo diciendo de las diferencias de los hombres, lo digo igualmente refiriéndome á diferencias entre las industrias, profesiones y climas.

Aquel hombre podrá, sin extenuarse, trabajar durante doce horas y necesita hacer esto para sostener á su familia; pero este otro no puede aguantar más de nueve ó diez horas de aplicación. Aquella tarea es agobiadora y no podrá ser sostenida durante cierto espacio de tiempo; en cambio esta otra no ofrece dificultades, no requiriendo, por decirlo así, más que la presencia ó dirección de la mano que á ella presida.

Y si se pretendiese arreglar todo por la ley ó por la administración ¿quién llevará la cuenta de esas diversidades? ¿Quién dirá al albañil, por ejemplo, que quiera poner á cubierto su obra antes de que lleguen las heladas ó las lluvias, que le es permitido aprovechar de los últimos días largos á fin de adelantar el trabajo? ¿Quién, en la primavera, en el estío, en el otoño, en el invierno, acordará al agricultor apurado por hacer sus sementeras, por salvar su cosecha ó recoger sus frutos, los permisos necesarios para obedecer á las órdenes de la naturaleza? ¿Quién, por fin, en la pequeña industria, no menos interesante, por cierto, que la de marca mayor, apreciará el margen que convenga dejar á este ó á aquel, y en qué medida, el encargo urgente, de que dependa quizás la existencia de la familia ó la conservación de la clientela, podrá en la época de labor máxima ser aceptada ó rechazada?

Otro partidario del maximum legal, el señor Gide de la Facultad de Derecho de Montpellier, se ve obligado á reconocer que ese maximum no es aplicable ni á la industria menor ni al cultivo y agrega que, aun en la industria grande se requiere una adaptación progresiva. Vale más decir enseguida la verdad, esto es, que no hay regla uniforme posible, que en la mayoría de casos no es el hombre quien manda al trabajo sino el trabajo que rige al hombre y que para operar esta adaptación progresiva y variable solamente la libertad es bastante flexible.

Luego, véase que tocar al trabajo es

tocar al salario y que de dos cosas una: ó al decretar la duración uniforme de la jornada se decretará á un tiempo la tasa uniforme de la retribución para cada industria, ó bien se dejará subsistir la diversidad y la desigualdad. En este último caso el obrero medio cre que no podrá, en el espacio de tiempo autorizado, suministrar una suma de labor suficiente, se verá privado de la facultad de prolongar la jornada con el fin de acrecentar su producto.

En el caso anterior vendrá á ser más desgraciado aún, pues querrá emplearlo ya; bajo el pretexto de proteger la debilidad, se la habrá simplemente excluido de los talleres.

Pero hay, lo repito, una razón superior á todas las demás y es ésta: la del respeto debido á la dignidad humana y á la libertad, personificadas hasta por el más humilde de los obreros.

Oigo decir á veces,—muchas veces: "¿qué quiere usted que hagan los obreros de los ratos desocupados que le vais á imponer? Será otro tanto tiempo dedicado al café, amen de la mayor pérdida de dinero y salud!"

Yo no admito semejante argumento! Cuántas veces podría invertirse y preguntar á los que lo invocan, qué hacen ellos, moralistas inexorables, con las horas desocupadas y con los recursos que les han proporcionado la labor y la economía de sus padres!

Existen obreros así como burgueses, pobres como ricos, que no saben más que derrochar su vida. Toda la diferencia está en que aquellos son menos inexcusables que estos ¡Válgame Dios que los hay también que emplean bien su tiempo y no omiten nada con tal de instruirse y dignificar su existencia.—Es menester que haya el mayor número posible de estos últimos, y para esto conviene (el señor Gide tiene perfectamente razón) que dispongan de tiempo para instruirse, para ocuparse de su familia, para cobrar amor á su hogar, para ilustrarse en fin, en esas cuestiones políticas y sociales, en que dependen ellos ejercer una influencia cada día más marcada, por más esfuerzos que haga en contra, debiendo ellas resolverse forzosamente en su favor y en provecho de todos, el día en que sepan solicitar lo que se debe y no reclamar sino lo que se pueda.

Pero, lo repito para concluir, eso no se obtiene decretando con autoridad la mesura, la moderación y la sabiduría, sino conquistando poco á poco; y como reza un adagio vulgar: "el que mucho abarca poco aprieta."

Mucho me temo asimismo, que en esta materia como en muchas otras ni los obreros ni muchos de sus sinceros amigos estén bien penetrados en la cuestión. Y es por esto que ofuscados á menudo por los prédicas de amigos que les engañan y explotan, ellos adelantan tan despacio y aprovechan de tan mínima escala de los progresos de la ciencia, de los perfeccionamientos de la industria y de los recursos maravillosos del comercio.

En mis próximas cartas, que procuraré sean consagradas cada una al examen de una cuestión especial y quepan, lo espero, en dimensiones más modestas, hallaremos, amigos lectores, nuevas ocasiones de verificar la exactitud de estas reflexiones. Nos convenceremos que para vencer gradualmente todas las dificultades que estorban toda su marcha, para ilustrar á los ignorantes, para levantar los humildes, para enriquecer á los pobres sin empobrecer á los ricos, para mejorar en fin su condición como ella lo desea y como lo debe por un progreso incessante, la humanidad no precisa más que de justicia, de libertad y de paz.

Agregaré—pues, de ello, pensar la

condición de todo el resto—que son necesarios también la buena voluntad, el respeto mutuo y el sentimiento de esa comunidad de intereses que, en el dominio económico se llama solidaridad y en el dominio moral fraternidad!

FEDERICO PASSY.

EL AHORRO

por SAMUEL SMILES,

FÁBULA.

Un cigarrón, medio muerto de frío y de hambre, llegó á una colmena bien provista, al comenzar el invierno, y pidió humildemente á las abejas que le socorrieran en sus necesidades con unas cuantas gotas de miel.

Una de las abejas le preguntó en qué había empleado el tiempo durante el verano, y por qué no había hecho sus provisiones como ellas.

—Verdad es que pasé el tiempo muy alegremente, contestó, bebiendo, bailando y cantando, y ni una vez se me ocurrió pensar en el invierno.

—Nuestro sistema es muy diferente, dijo la abeja; trabajamos recio en el verano, para hacer provisión de alimentos contra la mala estación en que los necesitaremos; pero aquellos que no hacen más que beber, bailar y cantar en el verano, deben esperar morir de hambre en el invierno.

CAPÍTULO I.

LA LABORIOSIDAD.

Mi reino no es lo que tengo, sino lo que soy.—CARLYLE.

La industria productora es el único capital que enriquece á un pueblo y propaga la prosperidad y el bienestar nacionales. En todo trabajo hay ganancia, dice Salomón. ¿Qué es la ciencia de la economía política, sino un fastidioso sermón sobre ese tema?—SAMUEL LAING.

Dios provee las cosas buenas del mundo para que sirvan á las necesidades de la naturaleza, con el trabajo del labrador, la debilidad y las fatigas del artesano, y los peligros y el tráfico del comerciante..... La persona ociosa es igual á un muerto; indiferente á los cambios y á las necesidades del mundo, sólo vive para pasar el tiempo y comer los frutos de la tierra: lo mismo que un bicho ó un lobo, muere y perece cuando les llega la hora, y en el interin no hace bien alguno.—JEREMÍAS TAYLOR.

Para el edificio que levantamos, está lleno de materiales el tiempo, nuestro hoy y nuestro ayer son los ladrillos con que edificamos.—LONGFELLOW.

El ahorro comenzó con la civilización. Principió cuando los hombres se vieron en la necesidad de proveer para el día de mañana, lo mismo que para el de hoy. Comenzó muchísimo antes que fuera inventado el dinero.

El ahorro significa la economía privada. Comprende la economía doméstica, el orden y el manejo de una familia.

Mientras que la economía privada tiende á crear y promover el bienestar de los individuos, el objeto que se propone la economía política es crear y aumentar la riqueza de las naciones.

La riqueza privada y la pública tienen un mismo origen. La riqueza se obtiene con el trabajo, se conserva con los ahorros y las acumulaciones, y se aumenta con la diligencia y la perseverancia.

Los ahorros de los individuos forman la riqueza—en otra palabras,—el bienestar de toda nación. Por otra parte, el despilfarro ocasiona el empobrecimiento de los Estados. De manera que, toda persona ahorradora puede ser considerada como un bienhe-